

Plaza pública

para la edición del 10 de enero de 1996

Salinistas en el agua

Miguel Ángel Granados Chapa

Aunque por supuesto el problema no los alcanza sólo a ellos, sino que se cierne gravosamente sobre la economía y la sociedad de los estados que rigen, hay algo de justicia poética en el diferendo que enfrenta a los gobernadores de Nuevo León y Tamaulipas, a causa del agua almacenada en la presa El Cuchillo.

Aunque su biografía presenta varios rasgos en común, o semejantes, su verdadera seña de identidad es su dependencia política y su amistad con Carlos Salinas de Gortari. Economistas ambos, Manuel Cavazos estudió en el Tecnológico de Monterrey, mientras que Sócrates Rizzo fue alumno de la Universidad estatal de Nuevo León. Los dos se doctoraron en el extranjero: el tamaulipeco en la London School of Economics, y el regiomontano nada menos que en Chicago. Cada uno tuvo un breve comienzo profesional en instituciones federales, antes de encontrarse con Salinas. Cavazos fue su asesor en la dirección de política económica y social, en la Secretaría de Programación y Presupuesto, al paso que Rizzo ocupó esa misma dirección cuando Salinas se convirtió en titular de la SPP. Puesto que Cavazos ascendió también a director general (de política económica internacional), ambos tuvieron ese rango en esa secretaría, pero no de modo simultáneo.

Cavazos se anticipó a Rizzo en su incursión parlamentaria. Ambos fueron diputados federales, en legislaturas sucesivas, y cada uno ejerció el cargo legislativo que más los acercó a Salinas. Conforme a una práctica que tiende a caer en desuso, los miembros influyentes del gabinete hacían presidir a uno de sus allegados la comisión que se ocupa de los asuntos propios de sus secretarías. La de programación, presupuesto y cuenta pública, contraparte en el Congreso de la Unión de la SPP, fue encabezada por Cavazos en la LII legislatura, de 1982 a 1985, y Rizzo continuó la tarea correspondiente en la siguiente legislatura, de 1985 a 1988.

A partir de ese momento, cada uno siguió rutas diferentes para el cumplimiento de un designio de Salinas. Este se propuso, al mismo tiempo que realizar su meta de suceder a Miguel de la Madrid en la Presidencia de la República, hacer a sus amigos cercanos gobernadores de sus entidades. La decisión que tarde o temprano llevaría a Patricio Chirinos a Veracruz, a Otto Granados a Aguascalientes y a Rogelio Montemayor a Coahuila, se encarnó primero en la persona de los políticos norteros hoy en conflicto. Cavazos pertenecería dos veces más al Congreso (de nuevo como diputado, y luego como senador), mientras que Rizzo sería presidente municipal de Monterrey. El tamaulipeco cumplió, además, una función delicada y peligrosa: fue la cuña salinista en el equipo del secretario de Gobernación Manuel Bartlett, que se maniató al nombrar a Cavazos oficial mayor, para mostrar a Salinas que

jugaba limpiamente la sucesión, o por lo menos que no aplicaba a ese propósito los recursos asignados a Bucareli.

A pesar del poderoso influjo presidencial, que los llevó a la gubernatura de cada uno de sus estados, el arribo de cavazos y de Rizzo al correspondiente poder ejecutivo no fue terso, ni quedó exento de problemas el desarrollo de sus tareas políticas. Si eso fue verdad durante el tiempo en que los protegió desde Los Pinos la sombra de su amigo Salinas, lo ha sido con mayor razón en el último año. Rizzo tuvo que pasar el trago amargo de ver de lejos a su patrocinador ponerse en huelga de hambre, puesto que escogió a Monterrey como sede para su efímero ayuno político. Y Cavazos se ha desgañitado para hacer saber que su lealtad no pertenece más al ex Presidente que lo hizo todo lo que es.

Quizá porque los saben^o los suponen desgarnecidos, faltos ya del sustento político que les dio firmeza, los grupos locales agraviados con la designación de candidatos arribistas están poniendo en jaque a Manuel y a Sócrates. De allí que, no sin convicciones, pero reforzándolas por hallar en la ocasión buena coyuntura para su propio afianzamiento, cada uno de ellos utilice el asunto del agua escasa y necesaria como bandera que los transforme en próceres, en líderes verdaderos de sus comunidades. El problema es agudo, y cada quien ha hecho bien en colocarse a la cabeza de los intereses de sus entidades. Pero el cuidado de su propio destino político es lo que da el color verdadero a su actuación.

El próximo 24 de enero un juez federal pondrá fin a un tenso conflicto que para entonces habrá durado ya casi tres semanas, lapso demasiado largo como para que no haya complicaciones derivadas precisamente de la peculiar situación política de cada uno de los gobernadores. Rizzo tiene razón en reclamar para los habitantes de Monterrey y su zona conurbada (cuyos gobiernos municipales son panistas, como señal reciente de la menguada posición del gobernador) y procedió con acierto al reclamar el apoyo de la justicia federal. Cavazos tiene razón al compartir la demanda de los agricultores del distrito 26, que perderán sus cosechas si no riegan a tiempo. Les falta razón, sin embargo, en su maniobra de azuzar los localismos no para la defensa de intereses legítimos, sino los suyos propios, pues no quieren verse expuestos a la picota pública, como su antiguo protector, por no saber encauzar el agua a donde la requieren sus coterráneos. 

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Salinistas en el agua

Los gobernadores de Tamaulipas y de Nuevo León encabezan, cada uno con justeza, el reclamo local por el agua de una presa sobre el río Bravo, recurso escaso que cada vez con más frecuencia se convierte en causa de conflictos endemoniados.

AUNQUE POR SUPUESTO EL PROBLEMA NO LOS ALCANZA sólo a ellos, sino que se cierne gravosamente sobre la economía y la sociedad de los estados que rigen, hay algo de justicia poética en el diferendo que enfrenta a los gobernadores de Nuevo León y Tamaulipas, a causa del agua almacenada en la presa El Cuchillo.

Aunque su biografía presenta varios rasgos en común, o semejantes, su verdadera seña de identidad es su dependencia política y su amistad con Carlos Salinas de Gortari. Economistas ambos, Manuel Cavazos estudió en el Tecnológico de Monterrey, mientras que Sócrates Rizzo fue alumno de la Universidad estatal de Nuevo León. Los dos se doctoraron en el extranjero: el tamaulipeco en la London School of Economics, y el regiomontano nada menos que en Chicago. Cada uno tuvo un breve comienzo profesional en instituciones federales, antes de encontrarse con Salinas. Cavazos fue su asesor en la dirección de política económica y social, en la Secretaría de Programación y Presupuesto, al paso que Rizzo ocupó esa misma dirección cuando Salinas se convirtió en titular de la SPP. Puesto que Cavazos ascendió también a director general (de política económica internacional), ambos tuvieron ese rango en esa secretaría, pero no de modo simultáneo.

Cavazos se anticipó a Rizzo en su incursión parlamentaria. Ambos fueron diputados federales, en legislaturas sucesivas, y cada uno ejerció el cargo legislativo que más los acercó a Salinas. Conforme a una práctica que tiende a caer en desuso, los miembros influyentes del gabinete hacían presidir a uno de sus allegados la comisión que se ocupa de los asuntos propios de sus secretarías. La de programación, presupuesto y cuenta pública, contraparte en el Congreso de la Unión de la SPP, fue encabezada por Cavazos en la LII legislatura, de 1982 a 1985, y Rizzo continuó la tarea correspondiente en la siguiente legislatura, de 1985 a 1988.

A partir de ese momento, cada uno siguió rutas diferentes para el cumplimiento de un designio de Salinas. Este se propuso, al mismo tiempo que realizar su meta de suceder

a Miguel de la Madrid en la Presidencia de la República, hacer a sus amigos cercanos gobernadores de sus entidades. La decisión que tarde o temprano llevaría a Patricio Chirinos a Veracruz, a Otto Granados a Aguascalientes y a Rogelio Montemayor a Coahuila, se encarnó primero en la persona de los políticos norteros hoy en conflicto. Cavazos pertenecería dos veces más al Congreso (de nuevo como diputado, y luego como senador), mientras que Rizzo sería presidente municipal de Monterrey. El tamaulipeco cumplió, además, una función delicada y peligrosa: fue la cuña salinista en el equipo del secretario de Gobernación Manuel Bartlett, que se manió al nombrar a Cavazos oficial mayor, para mostrar a Salinas que jugaba limpiamente la sucesión, o por lo menos que no aplicaba a ese propósito los recursos asignados a Bucareli.

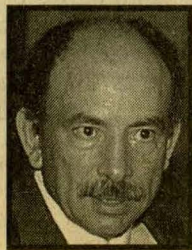
A pesar del poderoso influjo presidencial, que los llevó a la gubernatura de cada uno de sus estados, el arribo de Cavazos y de Rizzo al correspondiente Poder Ejecutivo no fue terso, ni quedó exento de problemas el desarrollo de sus tareas políticas. Si eso fue verdad durante el tiempo en que los protegió desde Los Pinos la sombra de su amigo Salinas, lo ha sido con mayor razón en el úl-

timo año. Rizzo tuvo que pasar el trago amargo de ver de lejos a su patrocinador ponerse en huelga de hambre, puesto que escogió a Monterrey como sede para su efímero ayuno político. Y Cavazos se ha desgastado para hacer saber que su lealtad no pertenece más al ex Presidente que lo hizo todo lo que es.

Quizá porque los saben o los suponen desgarnecidos, faltos ya del sustento político que les dio firmeza, los grupos locales agraviados con la designación de candidatos arribistas están poniendo en jaque a Manuel y a Sócrates. De allí que, no sin convicciones, pero reforzándolas por hallar en la ocasión buena coyuntura para su propio afianzamiento, cada uno de ellos utilice el asunto del agua escasa y necesaria como bandera que los transforme en próceres, en líderes verdaderos de sus comunidades. El problema es agudo, y cada quien ha hecho bien en colocarse a la cabeza de los intereses de sus entidades. Pero el cuidado de su propio destino político es lo que da el color verdadero a su actuación.

El próximo 24 de enero un juez federal pondrá fin a un tenso conflicto que para entonces habrá durado ya casi tres semanas, lapso demasiado largo como para que no haya complicaciones derivadas precisamente de la peculiar situación política de cada uno de los gobernadores. Rizzo tiene razón en reclamar para los habitantes de Monterrey y su zona conurbada (cuyos gobiernos municipales son panistas, como señal reciente de la menguada posición del gobernador) y procedió con acierto al reclamar el apoyo de la justicia federal. Cavazos tiene razón al compartir la demanda de los agricultores del distrito 26, que perderán sus cosechas si no riegan a tiempo. Les falta razón, sin embargo, en su maniobra de azuzar los localismos no para la defensa de intereses legítimos, sino los suyos propios, pues no quieren verse expuestos a la picota pública, como su antiguo protector, por no saber encauzar el agua a donde la requieren sus coterráneos.

Por lo demás, el problema sobre el destino de un recurso cada vez más escaso, se multiplica a lo largo del Río Bravo. A veces se manifiesta como litigio internacional, como lo padecieron los chihuahuenses afectados por la decisión del gobernador George Bush, de Texas, de regatearles el agua que reclamaban. A veces, como en este enfrentamiento entre Nuevo León y Tamaulipas, da lugar a escarceos entre correligionarios. Pero se trata sin duda de un conflicto de esos que parecen creados por el demonio, porque la razón asiste a todos, y el fallo político o judicial que la asigne sólo a una parte ofende y lastima necesariamente a alguien.



Tanto Manuel Cavazos, gobernador de Tamaulipas, como su correligionario

de Nuevo León, llegaron a su cargo por el poderoso influjo de Carlos Salinas, con quien trabajaron en la Secretaría de Programación y Presupuesto.